



Cádiz como fascinación en Fernando Quiñones

ENRIQUE MONTIEL

Mucho se ha hablado, y el propio Fernando Quiñones el primero, de la alternativa infancia del escritor. Hijo de una familia acomodada, su padre era médico, "el primero que puso en Cádiz Rayos X", en palabras del escritor, huérfano de madre poco después del nacimiento, diversas circunstancias hicieron que pasara del elitista colegio de San Felipe Neri en Cádiz a trabajador portuario en los muelles de la ciudad. Pues bien, entre ambas pulsiones discurriría su vida, pero también su obra literaria.

Quiénes fuimos sus amigos y conocedores del escritor sabemos separar, de entre el inmenso bosque de anécdotas de su vida, una esencia inmutable cuyo rastro no lo abandonará nunca. Y esa esencia siempre tuvo el nombre de la ciudad que adoptó como propia –Cádiz– y que al final supimos que llegó hasta el extremo de convertirse en la *suegra* de Nadia Consolani, su mujer veneciana, compañera hasta el último aliento de Fernando de Quiñones.

Cádiz no es sólo una palabra, ni siquiera una ciudad para Quiñones. Todos sabemos de su rica, milenaria historia, y por tanto de cuantas vicisitudes le ocurrieron en sus treinta siglos de existencia urbana. El escritor llegaría a estar tan imbricado en su maraña sentimental con relación a Cádiz que acabaría haciéndola fundamento de su obra. Y es aquí, precisamente aquí, en donde quisiera centrar mis reflexiones sobre uno de los legados literarios de nuestro autor, quizá el más original de todos y del que acabó sintiéndose muy orgulloso.

Dijimos más arriba que nuestro autor había pasado prácticamente en horas veinticuatro de San Felipe Neri al muelle. El tránsito de la vida *muelle* al muelle, el puerto de Cádiz, supuso para Quiñones el encuentro con la extraordinaria dureza de la vida en una época ciertamente terrible. Pero no sólo, pues precisamente por eso, hallaría en los recuerdos más vivos de esos años una línea de continuidad para ensamblar muchas de sus historias futuras, pero fundamentalmente para adoptar para siempre esa sensibilidad que le hizo ser basurero de su querida playa de La Caleda, defensor de la fe en Cádiz, en su vitalidad y en su futuro, y amante de ese Cádiz intramuros hecho de recuerdos, orgullo y, sí, pasión.

Deliberadamente demoro el aspecto esencial de esta modesta aportación porque es conveniente que se entienda rectamente cuanto quiero decir. Cádiz llegó a ser una obsesión por la obstinación del amor profesado a la ciudad, la desesperación por su cercano declive, especialmente por el modelo de "campus disperso" que se llegó a adoptar en su día, hurtándole más sangre al cuerpo ya postrado de las energías locales; por su puerto ayuno de trasatlánticos, sus factorías de construcción naval y aeronáutica en regresión, los difíciles accesos a la ciudad, la desesperante decisión aún no tomada de declarar a la ciudad "patrimonio cultural de la humanidad"... Y cien cosas más que el lector interesado puede encontrar en la hemeroteca del más que centenario DIARIO DE CÁDIZ.

Muy bien, se podrá objetar que estamos hablando de facetas extraliterarias cuya incidencia en la obra de Quiñones son prácticamente incidentales, mas todo forma parte del todo y esa totalidad de una pasión había nacido precisamente del contacto del joven Quiñones con la realidad humana, económica, social y cultural del...Muelle.

No hace mucho refería el gran cantaor gaditano Chano Lobato que el flamenco, en Cádiz, tenía dos escenarios: el pescado y el matadero. Y fue el flamenco una de las grandes pasiones del escritor, al que dedicó varios estudios y que vivió intensamente, incluso como intérprete ocasional y, en alguna estación de su vida, profesional. Fue una de las firmas de la vida, aprobadas, que le sirvió para vivir, y para disfrutar, que aprendió en el muelle. No sería la única.

El muelle podría ser considerado eso que hoy se llama "núcleo temático" en la vida y obra de Quiñones. Y, creo, está en la base de lo que andando el tiempo sería considerado como una seña de identidad literaria del escritor. También en esto Fernando Quiñones sería alternativo,

incluso púdico, cosa que, por cierto, alternativamente también, sería nuestro autor.

Consideremos esta realidad –el puerto, el muelle– desde una perspectiva narrativa, o narratológica. Tenemos un escenario con sus derivaciones sociales, económicas y culturales, como dijimos arriba. Pero también nos encontramos con un universo humano singular. Estamos hablando del mundo de los armadores –los ricachos de Cádiz no burgueses–, contagiados de cierto espíritu popular reflejados por Fernando Quiñones en algunos de sus libros, especialmente y de modo notable en algunos de los relatos de su novela *El coro a dos voces*, pero sobre todo del estamento proletario de asalariados del puerto de Cádiz, y de todo el entramado de relaciones comerciales intramuros de la ciudad.

Ese mundo juvenil de Fernando Quiñones siempre estaría presente como una tentación para su obra contra el que operaban dos vectores negativos que tuvo que superar para ensayarla. Me estoy refiriendo a su vertiente popular andaluza.

El costumbrismo literario gozaba de una considerable “mala fama” tanto entre los narradores del realismo de los años 50 y 60 como en el conjunto de la novela española de calidad de la segunda mitad del siglo. Es lo que Luis Berenguer solía llamar la lengua de los “tos” y los “nas”. Y era propio de alguno de los productos costumbristas, sobre todo de la escena, ese andaluz “popular” de patios de vecinos, señoritos, criadas “simpáticas” y un “tipismo” narcotizante. Quiñones sabía sobradamente que entrar ahí era hacerlo en un territorio minado. Y sin embargo la tentación siempre fue poderosa porque partía de un verdadero amor a todo el mundo portuario y popular de Cádiz en donde pasaban cosas tremendas, se trataba en definitiva de una fascinación contenida que llegó un momento en que se haría incontenible.

A mí me ocurrió algo parecido y un día me decidí a escribir “Franco bueno, españoles malo”. No estoy seguro si por ese tiempo andaba Fernando escribiendo *La Legionaria*, o si ya la tenía escrita y aún no la había publicado. De cualquier manera hablamos de un período anterior a *Las mil noches de Hortensia Romero*, novela de gracia que tuvo sonoras incomprendiones y cautelas entre sus compañeros narradores, en el caso de Alfonso Grosso alguna sonada que no tiene mayor interés reseñar aquí.

En mi caso, por si puede ser de interés la comparación, el acercamiento ya entonces a ese andaluz caricaturizado por mi maestro Luis Berenguer como de lo “tos” y los “nas” se debía a una suerte de visión

intuitiva de las excelencias de la sintaxis de la modalidad lingüística andaluza entremetida, como diálogo intertextual pero también como nexos narrativos puros, para el texto novelístico, o el relato, en donde, también como Fernando Quiñones, me sentía muy a gusto. Es evidente que coincide todo con la sacudida del llamado –con razón– “complejo de inferioridad lingüístico” de los andaluces, que recordaba con vergüenza indisimulada, y rencor, de mi infancia. Quiero decir que, asumido que hablar mal no era equivalente a pronunciar con desvíos de la norma ortológica del castellano, la apuesta podía situarse en estructurar mensajes narrativos con la mayor fidelidad...sintáctica y, aleatoriamente, fonética.

Andando los años pude hablar con Fernando Quiñones de estos saltos al trapecio sin red y él me confesaría que la tentación le rondó siempre por el escritorio hasta que se decidió a materializarla y apachugar con las consecuencias. Que no podían ser otras, ni lo fueron, que la incomprensión de algunos que no participaban, por las razones que fueran, de estas fascinaciones.

Van a quedar para siempre estas excursiones de Fernando Quiñones en tan resbaladizo terreno narrativo que, por cierto, nunca llegaría a ser inconvenientes para que los claustrales de la Universidad de Cádiz lo acogieran en su seno como Doctor Honoris Causa... y alborozo, no sería tan imperdonable el pecado.

Un escritor extrae el zumo literario, cuando es auténtico, de su propio corazón. No necesito explicar a qué llamamos “corazón” si aceptamos que en este motor de la vida hacemos radicar todo el entramado de afectos, dolores, tristezas y alegrías. En Fernando Quiñones, además, estaba el oído. Y, claro, los ojos, el tacto, la inteligencia. Pero sobre todo el oído. Y su oído se había hecho a los acentos gaditanos, a las historias gaditanas, a la realidad de una ciudad que hizo un flamenco *suis generis*, unos carnavales que a ninguno otro se parecían, y a una cosmovisión particular hecha de horizontes infinitos del mar, puestas de sol de gelatinas naranjas y un acarreo de encrucijadas culturales que llegaron desde los cuatro puntos cardinales del mundo. Y de la historia.

Fue todo así de sencillo y toda la obra, incluso la poética pese a su culturalismo, está impregnada de esa mirada compañera hacia lo popular, lo popular de pueblo, de pueblo de Cádiz, en donde nuestro inolvidable escritor se encontraba tan a gusto.

Decir que con devoción le devolvería el pueblo de Cádiz la devoción que el escritor le profesó siempre a ese mundo vivo de gentes sencillas, luchadores por el plato diario de comida y el vasito de vino, y las espe-

ranzas puestas en los hijos y todas las historias tejidas con su piel y escritas con su sangre, a estas alturas, puede ser una obviedad. Y sin duda lo es cuando recordamos la carrera de homenajes, reconocimientos y cariños que recibió nuestro autor a lo largo de 1998. Mas en el fondo de ese pálpito de sincero cariño por el escritor, que representantes políticos de variado signo supieron olfatear con acierto, estaba todo esto de lo que venimos hablando: una identificación absoluta con el pueblo, sus problemas, sus sentimientos, su ideología, sus sueños. Y su orgullo inmarcesible de gaditanos.

Finalmente, Fernando Quiñones acertó. Plenamente. Mucho se cuidó de no ser un remedo de Pemán, hasta en la preparación de la última ceremonia de su existencia –“Por favor, que mi entierro no sea como el de Pemán”–, porque el Cádiz de Pemán no había sido nunca su Cádiz, haciendo constar en toda oportunidad su respeto por el ilustre gaditano del que no le dolían prendas resaltar su caballerosidad y liberalidad. Mas era conveniente señalar las diferencias, que lo eran estéticas, sin duda ninguna, pero también temperamentales. La fascinación de don José María por el pueblo era extramuros de ese pueblo, la de Fernando surgía de su misma entraña porque en esos corredores húmedos había vivido y convivido cuando se conforma el ser social de un hombre.

Sobre su obra caerán los escrutadores con el escalpelo del cirujano y con la mirada del nigromante, pero también la gente de Cádiz, como se repasan las hojas del álbum de nuestra vida. Todos los cambios, todas las historias, todas las palabras de casi un siglo de existencia están allí bien preservadas. Y también los acentos, los sonidos en donde viven las emociones, los recuerdos, la vida vivida, la memoria. Porque es muy difícil resistirse a una fascinación tan poderosa como la sentida con fidelidad y pasión a Cádiz por Fernando Quiñones, que Dios guarde.